

---

---

# Caprichos

---

Creo, como un viejo amigo mío, que los montañeros somos un poco caprichosos. No solo vamos a las cumbres por la afición al ejercicio físico; por disciplinar nuestros cuerpos. No vamos, tampoco, por el solo hecho de emular al vecino que, semanas antes, nos refiriera una medio epopeya que él viviera en los montes; ni por el goce platónico que usufructúan nuestras retinas ante el paisaje maravilloso.

Innúmeras veces vamos a las cumbres caprichosamente. Por un deseo, acaso, no muy fácil de justificar pero sí de explicar. De esa injustificación puede ser que provengan algunas sonrisitas que no pasan, para el montañero, desapercibidas. Pero, afortunadamente, sabemos comprender, discernir, y elevarnos sobre «esos» pobres espíritus humanos.

Caprichos más baldíos y baladíes se producen continuamente sobre la corteza terrestre, caprichos que sonrojan a los poseedores de inteligencia y conciencia. Y, sin embargo, para todos ellos se encuentra justificación.

*¿Como así no tenerla, aunque solo sea para explicación de nuestros inocentes caprichos?*

Yo recuerdo de tres...

El amigo lector verá si son justificables.

\* \* \*

Ni tratamos de orientarnos siquiera. Una brújula nos estorbaba. La ciudad vivía en el bullicio de sus fiestas, en un mes de Agosto de hace un lustro. Nunca habíamos ascendido al gigante guipuzcoano desde la parte de Aloña-mendi y desde Brinkola, a nuestro libre albedrío, iniciamos la ascensión a los macizos de plateadas rocas, remontando las minas de Kata-bera.

Los Arroyuelos, hayedos y *chabolas* del Goiefi gipuzkoano quedaron abajo. Los picachos que circundan a la arista de Aketegi se veían a la izquierda. Fuimos nosotros, por instinto más que por otra cosa, hacia la derecha y trás de giros y más giros, entre miles de piedrecitas esparcidas en la brillante rocosidad, llegamos a la Cruz de Aloña.

Abajo, en el valle, entre las cintas azules de un riachuelo, Oñate quedaba en la quietud campesina. El coloso Udalaitz presidía la escena.

Regreso. Desandamos lo andado y por intuición nos metimos en una amplia pradera que suponíamos sería la de Urbia. No nos hacía falta saber si era ella misma; pero llegaba la noche y, además, densa niebla. Nos paramos al borde de una formidable roca al lado de un grupito de ovejas y ya pensábamos en pasar la noche a campo libre, sin una mala tienda siquiera, cuando el frío nos hizo conocer que no era sitio apropiado.

Menos mal que Eolo hizo a las nubes bajar a las cañadas. Así pudimos ver, por un agujero en las nieblas, el monasterio de Arantzazu. Y hacia este nos fuimos.

Noche muy cerrada, cuando en la fonda de Síndica nos recibieron jubilosos. Nuestro júbilo que emanaba del capricho que nos hizo andar al libre albedrío, había contagiado a los demás.

Y, al día siguiente, nos esperaba el Aitzgofi. ¡Capricho!

\* \* \*

El Aralar, la amplia cordillera navarro-guipuzcoana, fué testigo de otros dos. Y de dos días tan distintos, tan opuestos, que de haberlos podido ligar hubieran producido algo. Por lo menos optimismo. El optimismo no existe nunca si no hay salud, ni..... capricho.

En las alturas no se ven las cimas de Otzola, Eitizei ni Urgoiko. Pero desde Ondarre cae blanca, brillante, la cascada plateada que, al unirse con el arroyo de Amezketa, al pié del Zabalegi, produce sonidos fragorosos. Desde Afitzaga vemos algunos ventisqueros.



Auguramos la llegada de nuestro alborozo. Morar sobre la nieve sin «xare» ni «ski» alguno. La nieve, desde la fuente de Pardelux cae en amplios copos sobre un amplísimo y blando manto que se extiende hacia Igaratza. Nieva joven, reciente, sin tiempo para helarse; y así nuestras piernas se hunden gozosas en el albo tapiz, regalo de la Naturaleza.

Y así, contentos, seguimos en busca del Irumugafieta, vértice de la sierra, una hora y otra. Se vé muy poco, las boinas empezaron moteándose para terminar perdiéndose el negro del paño en la albura de los

copos superpuestos obstinada y monótonamente.

Trás de la cumbre el regreso. Los siete componentes de la «cuerda» cantamos y reímos. Seis vamos aprovechando los surcos abiertos por el primero. Es que a lo último, es verdad, cansaba un poquito la monotonía de la pegajosidad húmeda.

Pero ¿que importaba?

Al fin y al cabo le dimos gusto al maestro ¡Capricho!

\* \* \*

Otro día, —éste, de verano, — pasamos por la vertiente opuesta de la vez anterior. Fuimos hacia Ondarre.

Febo parecía gozar con la tortura que nos producía. Sus rayos daban un calor horrible. No podíamos quejarnos —por ello no llegamos al enfado con «Loren» —puesto que en busca de él fuimos. Pero no supusimos que él, aunque conocemos sobradamente su obsequiosidad, se mostrara tan magnánimo, tan altruista.

No pidió ayuda, como tantas otras veces lo hiciera, al mitológico dios de los vientos. Como pocas veces pudimos ver, en tal día, la brillantez refulgente de las cresterías del Zabalegi y del Ardigain o Uakorri. Desde alguna cima el paisaje debía ser grandioso; pero nosotros no quisimos, puesto que el antojo se limitaba a sentir el sol sobre la epidermis, llegar a ninguna de ellas.

Cumplido el baño solar bajamos al arroyo que, pomposamente, toma el nombre de río en la villa de «Pernando Amezketafa, el jocoso». Y allí dimos fin al día, en el arroyo. Bajo las sombras sedantes de unos arbustos frondosos que, humillando su cerviz, bebaban serenos las aguas, quienes no pudiendo darnos por su exigua profundidad el lugar apropiado para el nado, otorgábanos, en cambio la frescura de su rico líquido.

Mientras en Donosti-edeña había unas fiestas magníficas.

Y nosotros en el campo, ¡¡capricho!!

ONDARAITZ

